

Cine iberoamericano en España

En la Casa de América

Entre los ciclos de cine iberoamericano que se han proyectado en la Casa de América, dos de los más recientes fueron dedicados al cineasta mexicano Gabriel Retes y luego al conjunto de filmes basados en relatos de Gabriel García Márquez. Este último ciclo comprende la serie «Amores difíciles»; cada relato fue encarado por distintos directores con despareja felicidad. Fueron Ruy Guerra (brasileño), Tomás Gutiérrez Alea (cubano), Lisandro Duque (colombiano), Jaime Humberto Hermosillo (mexicano), Jaime Chávarri (español) y Olegario Barrera (venezolano). El amplio mosaico integrador (a través del cine) fue encarado por la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano, que impulsa el propio García Márquez y la coproducción de Televisión Española, en uno de sus proyectos más enaltecidos.

Pero conviene empezar por Gabriel Retes, el menos conocido en estos pagos. No contribuyó a este conocimiento, que por otra parte merece, haber competido por los premios Goya en 1995 con *Bienvenido Welcome* (1995), donde no ganó.

Actor, guionista y director de cine y teatro, Retes suele producir –o coproducir– sus filmes, usualmente con su cooperativa Mixcoac. La andadura de este singular y a veces polémico realizador se inicia en 1969 y se puede inscribir en el movimiento del cine independiente mexicano. Pertenece por lo tanto a la generación de Ripstein, Felipe Cazals, Jorge Fons, Paul Leduc y otros luchadores contra las difíciles condiciones de la producción azteca.

En entrevistas, Retes ha narrado las peripecias de su carrera, cuyos saltos pueden datarse según los condicionamientos variables –del apoyo al desdén– que surgían según se presentaban los distintos sexenios presidenciales. Seguramente el peor momento fue durante el período en que estuvo el cine dirigido por la hermana del presidente de turno (López Portillo), que todos los cineastas mexicanos recuerdan con horror.

Chin Chin, el teporocho (1975), un ácido retrato de marginales alcohólicos que deambulan por los barrios pobres, fue el primer éxito de público para Retes, que también llamaba la atención de la crítica por un estilo

sin concesiones. *Nuevo mundo* (1976), *Flores de papel* (1977), *Bandera rota* (1980) y *Mujeres salvajes* (1984) confirman su independencia frente a un cine comercial sin ambiciones, pero son también luchas contra corriente, como mostraron las polémicas y censuras a *Nuevo Mundo*, que era la historia de la «fabricación» de un milagro y la paralela represión religiosa en tiempos de la conquista.

Tras dos filmes de aventuras para niños –*Los naufragos del Liguria* (1985) y *Los piratas* (1988)– Retes realiza *La ciudad al desnudo* (1988) y en 1991, tras sucesivos fracasos económicos, se empeña (literalmente) para producir *El bulto*, que él mismo protagoniza. Es la historia de un joven que queda en coma durante veinte años tras ser herido en una represión policial. En tono de comedia describe los conflictos de un hombre que despierta a un mundo distinto. Fue un enorme éxito de audiencia que salvó al director de la ruina y fue saludado con muchos premios. Y en 1994 retorna en *Bienvenido, Welcome*, típico filme dentro del filme, divertido enredo sobre un presunto enfermo de sida en un delirante rodaje. Gabriel Retes, dentro del ahora renaciente cine mexicano, es un ejemplo de rebeldía y persistencia. Es además un buen actor y en sus películas suelen trabajar su mujer y sus hijos.

García Márquez y el cine

Dedicada en principio a la televisión, *Los amores difíciles* fue una serie de cuentos de Gabriel García Márquez llevados a la pantalla (grande y pequeña) por varios directores latinoamericanos y un español.

Como suele suceder en estos casos –pese a la intervención del mismo autor en los guiones– los resultados son muy desiguales. El mejor, sin duda, es *Cartas del parque*, de Gutiérrez Alea. La historia de amor ocurre en la década de 1910 tan romántica en Matanzas: un poeta que escribe cartas para la novia de un joven amante de la incipiente aeronáutica de la época. Y que se enamora secretamente de la destinataria. Un filme encantador.

Luego habría que recordar *Milagro en Roma*, de Lisandro Duque, que es la historia de una niña muerta pero viva, cuyo padre se pierde en los meandros de la burocracia vaticana. En tercer lugar, *La fábula de la bella palomera*, realizada por Ruy Guerra, refleja parcialmente una lírica historia de amor y celos.

Menos acertadas son la adaptación de *El verano de la señora Forbes* (Jaime Humberto Hermosillo), que protagonizó Hanna Schygulla, y las que Chávarri y Barrera hicieron de los relatos *Yo soy el que tú buscas* y *Un domingo feliz*. Lo cual demuestra (hay otros ejemplos) que el trasvase de los fascinantes relatos de García Márquez es más difícil de lo que

parece, pese a que el autor de *Cien años de soledad* se graduó en el Centro Sperimentale de Roma, la legendaria escuela de cine.

El festival de Huelva

Una vez más –y ya son veintidós años– el Festival de Huelva ha cumplido con su objetivo esencial: acercar a la tantas veces indiferente «madrepatria» el cine iberoamericano. Ese cine tan diverso, proteico, esforzado y difícil que sigue navegando a pesar de la crisis y los eternos problemas económicos.

En esta edición, dieciséis películas optaron al premio –el Colón de Oro– que se divide en dos: el que otorga el público por votación a la salida del cine y el de un jurado internacional. Casi nunca coinciden y en esta ocasión, la disparidad fue clamorosa: el público prefirió el filme argentino de Eliseo Subiela *Despábilate amor* y el jurado oficial (que reunía a la gran guionista mexicana Paz Alicia García Diego, a la actriz cubana Mirtha Ibarra, al novelista y crítico Vicente Molina Foix, a la directora venezolana Marilda Vera y al productor español Enrique Viciano) se decidió por el filme español *Como un relámpago*.

Para deslindar razones, conviene reseñar brevemente las obras que competían. Con cuatro películas, Argentina contó con la representación más numerosa. *Despábilate amor*, del realizador de *El lado oscuro del corazón*, trata sobre todo del paso del tiempo: un periodista con pasado militante y exilio, recibe el llamado de un amigo –que resiste la cercana vejez con juveniles ejercicios de rock– para reunir en una fiesta a los amigos de la «barra», 25 años después. Sentimental y menos crítica que otras veces, la película de Subiela apela a un cierto lirismo (injertando poemas de Benedetti) y a algunos toques mágicos.

Moebius es un interesante ensayo de ciencia ficción algo kafkiano: un tren con más de veinte pasajeros desaparece en la red de subterráneos de Buenos Aires. Con un virtuoso manejo de imágenes y montaje, *Moebius* representó –pese a cierta inflación verbal y pseudocientífica–, un intento de renovar los cauces narrativos convencionales. Fue realizado por alumnos de la Universidad del Cine, de Buenos Aires, dirigidos por uno de sus profesores, Gustavo Mosquera. Y esto es también un dato a tener en cuenta.

El dedo en la llaga de Alberto Lecchi y *El sueño de los héroes* de Sergio Renán, completaron la representación argentina a concurso. El primero es una coproducción hispano-argentina (actores: Juanjo Puigcorbé y Karra Elejalde) con las andanzas más o menos pintorescas de dos actores de la legua varados en un pueblo con visibles corrupciones políticas. Hábil y bastante demagógica, *El sueño de los héroes* es una versión inte-

resante y algo irregular del espléndido relato de Adolfo Bioy Casares. Preserva el clima inquietante del original.

Fuera de concurso se vieron tres filmes: *El verso* de Santiago Carlos Oves (una simpática comedia), *Al corazón* de Mario Sábato, que traza una historia del tango a través de una excelente selección de trozos de viejas películas acotadas por comentarios de Ernesto Sábato y el compositor Contursi; y por el filme *La dama regresa*, una delirante y abigarrada caricatura de muchas cosas, que dirigió Jorge Polaco y protagonizó la mítica Isabel Sarli.

Edipo Alcalde y *La nave de los sueños* representaron a Colombia. La primera es una actualización del *Edipo* de Sófocles (donde participó García Márquez) en el clima de guerrillas y paramilitares colombianos. Esta coproducción con México y España dirigida por Jorge Ali Triana es ambiciosa pero más cerca del ridículo que de la tragedia. *La nave de los sueños* (Ciro Durán) trata un tema recurrente del cine latinoamericano: la emigración clandestina hacia Estados Unidos, esta vez en barco. Tan bien intencionada como fallida.

Venezuela –que tuvo una sección propia con filmes recientes– concursó con *Santera* y *Desnudo con naranjas*. La primera (Solveig Hoogesteijn) entrecruza el problema de las cárceles de mujeres de Venezuela (tema marginal) con el caso de una curandera acusada de un crimen. Un tema interesante pero muy desenfocado. *Desnudo con naranjas* (Luis Alberto Lamata) es una intrincada historia situada en el siglo XIX, que mezcla amores, aventuras y un amuleto que promete suerte en el juego y condenación eterna.

Despareja pero interesante

México participó con *Salón México*, suerte de homenaje-plagio a la película homónima del Indio Fernández, donde introducen al homenajeado y al músico Aaron Copland, que para su partitura del mismo nombre se inspiró en ese famoso salón de baile. Lo único rescatable es la presencia de la gran actriz María Rojo. Tampoco interesa demasiado *El anzuelo* (Ernesto Rinoch). *Cinco días e cinco noites* (José Fonseca e Costa) es la huida de un perseguido político en el Portugal de los años 40. Es un filme opresivo, moroso y notablemente realizado. De Brasil llegó *Quem matou Pixote* (José Joffily) que narra la suerte del protagonista de un notable filme de Héctor Babenco en la vida real y cómo fue su triste final.

La contribución española –*Mirada líquida*, *Menos que cero* y *Como un relámpago*– oscila entre la mediocridad y la ambición. La última citada de Miguel Hermoso (que se había iniciado con *Truhanes*) fue el

gran premio del jurado oficial. El jurado del público, esta vez más atinado, eligió *Despáilate amor*; la crítica, *Moebius*, la propuesta más arriesgada.

No hay que olvidar *Asaltar los cielos* (Javier Rioyo y José Luis López Linares), un notable documental sobre la enigmática figura de Ramón Mercader, el asesino de Trotsky. Fue la mejor aportación de España.

En las actividades paralelas, hay que destacar el ciclo sobre Arturo Ripstein, el gran cineasta mexicano; con sesenta alumnos se realizó un cursillo sobre su obra. Asimismo, hubo un homenaje al recientemente fallecido Tomás Gutiérrez Alea, una figura esencial del cine latinoamericano.

Por último se presentó un ciclo de diecisiete películas del «Nuevo cine español», con directores como Alejandro Amenábar (*Tesis*), Isabel Coixet (*Cosas que nunca te dije*) Julio Medem (*Tierra*) y muchos otros. Son un futuro ya presente, pero el tiempo dirá si cumplen las promesas insinuadas en algunos de ellos.

En suma, fue un festival rico y muy vital, más allá de lo visto en competición, y que por cierto merecería más atención de los medios centrales de información, que suelen olvidar o ignorar todo lo que no sea Hollywood.

José Agustín Mahieu

